

Acerca del texto y su autora

Ada Rosmaryn, licenciada en Psicología y psicoanalista, fue socia plenaria, docente titular desde 1980 y asesora del Curso Superior en Psicoanálisis con Niños y Adolescentes, de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados (AEAPG).

En una jornada de intercambio clínico en AUDEPP en 1999, la vimos trabajar con el compromiso y entusiasmo que la caracterizó, generosa en la transmisión de saberes, con una escucha respetuosa, en permanente diálogo consigo misma y con colegas, como muestra el trabajo seleccionado.

En el ciclo científico Miércoles en la Escuela, de la AEAPG, en junio de 2017, a raíz de su reciente fallecimiento se le hizo un sentido homenaje, al que hoy adherimos con la publicación de «Un día en la vida de una psicoanalista de niños y adolescentes», representativo de su pensamiento en un contexto sociopolítico muy significativo. Este texto fue originalmente publicado en el volumen 1 del tomo v de la *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica* de AUDEPP, en 1997.

En dicho artículo, a partir de un diario imaginario, la autora reflexiona sobre los avatares de una clínica que ha ido cambiando, sobre las transformaciones del lugar del analista, ligadas a una realidad socioeconómica y política que afectó notoriamente los vínculos, de lo que no se excluye al binomio analista-paciente. Aborda el malestar que ocasiona lo que la autora cataloga como traumatismos de origen social por dificultades en su historización, que se transmiten a través de las generaciones. No obstante, subraya la búsqueda pertinaz de la humanización de los vínculos y le otorga al ejercicio del psicoanálisis un privilegio «porque convoca la doble presencia del encuentro».

Se levanta muy temprano. Hoy tiene sesión ese paciente judío de origen árabe, que está deprimido. Y él necesita tener la sesión antes de ir «al negocio», porque, si no, su angustia «por no cumplir» le impediría pensar en cualquier otra cosa. Se siente cansada, durmió poco. Anoche se quedó leyendo hasta tarde, tratando de encontrar apoyaturas teóricas o acuerdos clínicos a las ideas que le van apareciendo con respecto a lo que quiere decir en el panel de apertura de la jornada de este año.

¿Por qué tanta exigencia? Esta es una angustia conocida. Tiene algo en común y algo diferente con la angustia de su paciente turco. Si él no trabaja y gana mucho dinero, desobedece los mandatos parentales. Tiene sobre sí el peso de la hambruna que obligó a su abuelo al exilio. Y luego la descalificación por ser analfabeto. Aquello sigue presente como si cada día tuviera que ser vencido de nuevo. Y ahora la crisis económica, el acomodarse a un nivel más bajo de vida. Lo que para otros puede ser difícil, pero tolerable, para él es una catástrofe narcisista. ¿Cómo puede mantener el sentimiento de ser querido y valorado? Además, todo sería más fácil si pudiera separarse comercialmente de su padre, sus hermanas y sus hijos (ya mayores de edad). La responsabilidad sería menor. Pero «todos tienen que estar juntos y cada uno es responsable por los otros más débiles». Dejarlos sería desprotegerlos. Un abandono imperdonable. En algunos momentos, piensa que sería mejor que sus hijos se independizaran, que hicieran su propia experiencia. ¿Pero acaso él pudo hacer la suya? No, tuvo que recurrir al padre que, como él dice, «nunca dejó de ser el que corta el bacalao».

Su hijo mayor lo descalifica y humilla en público. Le dice que analizarse es de «maricas», que, si está deprimido, gane plata y se va a curar. La

analista sabe, por relatos de su paciente, que este hijo sufrió, por ser varón y ser el mayor, la sobreinvertidura, primero, y el abandono, después, de una madre demasiado ocupada en atender a los varios hijos que nacieron en pocos años (de esto dependía su valoración como mujer) y de un padre demasiado ocupado en «hacer fortuna» y dispuesto a cobrarle a su hijo por las vejaciones que sufrió él mismo como hijo.

De estas pérdidas traumáticas, abandonos y humillaciones, surge una violencia reivindicatoria que parece llevar a este adolescente a la auto-destrucción: frecuente a los integrantes de una barra brava y tuvo dos accidentes casi fatales por «querer hacer punta con el auto y que nadie lo pasara». (¡Cuando tantos lo pasan!)

Además, hace un tiempo, la mujer del paciente empezó a hacer cursos de psicología y comunicación. «Me cambiaron la mujer», dice él. Ahora ella contesta y se defiende. No quiere ser una esclava de la casa. Él la apoya frente a los hijos, que le exigen volver a ser lo que era. Ella no desatiende a nadie. Igual hace todo y corre detrás de todo el mundo. Pero es demasiado. Últimamente, también ella se siente triste y llora a veces sin saber por qué. Su madre murió joven, después de vivir obedeciendo.

Este último año el paciente de nuestra analista engordó casi veinte kilos y está hipertenso. ¿Ese es el precio que hay que pagar por tanta exigencia? ¿Será porque están queriendo cambiar la historia y en ese querer y no poder, pero seguir queriendo, se les puede ir la vida?

Hablando de la relación con su padre, el paciente pregunta a la analista con una ingenuidad que la conmueve: «¿Se puede tener rabia a alguien que uno quiere?». Tal vez querría preguntar: «¿Puedo quererlo a mi padre, aunque le desobedezca?». Y «¿Cuál es el destino de los que pierden la tutela paterna?», «¿Esa es la soledad?», «¿Se puede sobrevivir?».

La analista piensa en su paciente. Le recuerda aquello de Piera Aulagnier respecto de la evolución psíquica: salir de ser el objeto del deseo de los padres, para llegar, al final del recorrido, a anhelar que su

propio hijo se convierta en padre. ¿Puede su paciente permitir que su hijo llegue a ser padre? ¿Y la miseria? ¿Y el estar todos unidos? Tal vez, convenga incluir en el tratamiento algunas sesiones vinculares con el hijo mayor. Lo pensará...

La historia de la analista es distinta. Y en algo parecida. La vida de su padre tuvo que ver con el Holocausto. La única sobreviviente de su familia paterna fue una tía, la mayor, que para estudiar en la universidad había emigrado de Polonia después de la primera guerra. Esto la salvó de la masacre.

Su padre había sido elegido para venir a América, en los inicios de su adolescencia, y traer a Argentina al resto de la familia (a la misma edad en que ella emigró de la provincia a la capital para estudiar. Y aquella soledad..., quién sabe...). Pero la guerra se desencadenó demasiado rápido para él, que solo había alcanzado a comprar un pasaje para alguno de sus hermanos. Todavía tiene vívida la escena de su padre corriendo por las calles del pequeño pueblo del interior, junto a otros vecinos que, como él, seguramente habían dejado seres a quienes debían salvar, mientras sonaban al unísono las sirenas de los dos diarios locales. ¡Había terminado la guerra! ¿Adónde corrían? ¿Crearían que iban a poder leer en las pizarras de los diarios los nombres de los sobrevivientes? Esa ilusión cayó. Ni ese día ni nunca los encontraría.

Ella, la analista, pasó largos años de su vida acostada en el diván de un terapeuta que interpretaba su angustia como «la expresión de sus pulsiones hostiles reprimidas», la «envidia proyectada», el «temor al retorno de su odio». (¡Melanie Klein usada y abusada!) Y en esa época en que todo se interpretaba en la transferencia con el analista-objeto-de-la-pulsión o rival-odiado, una vez escuchó en un pasillo una voz que, temerosa, se animaba a preguntar: «¿Y de mis padres con quién hablo?». Y una pregunta suya que solo pudo encontrar palabras mucho tiempo después: «¿Y del amor a mis padres? ¿Y del no saber qué hacer con su sufrimiento?».

Hace algunos años, cayó en sus manos un trabajo psicoanalítico de una colega norteamericana acerca de los efectos del Holocausto en los hijos de los sobrevivientes. Y ahí se *dio cuenta*. Porque un buen trabajo psicoanalítico también cura (o un pensamiento profundo acerca de lo humano, dicho por quien sea y en la circunstancia que fuere). Ahí comprendió gran parte de su angustia, de por qué, mientras crecía, sentía la ansiedad de sus padres por que estudiara; por qué ellos esperaban que su vida fuera particularmente valiosa. Recordó las palabras de la madre de una paciente adolescente: «¿Para qué murieron tus tíos en Auschwitz?». La culpa, la necesidad de dar, con el desarrollo de la propia vida, sentido a aquellas muertes; el impacto de lo traumático de la historia y su parte en la constitución del *superyó* y el ideal.

«Esto de la transmisión transgeneracional de lo traumático, el telescopaje identificatorio...», pensó. A los analistas la historia les cayó de pronto como un meteorito que atraviesa el techo de una casa y aparece en medio de una plácida reunión de familia.

¡Cuánto tiempo se desestimaron las historias, a pesar de Freud, «el historiador»!

Ella sabe que cuando su contratransferencia con los padres de un paciente es de rechazo (por su petulancia, su agresión, su narcisismo o lejanía), tiene que buscar en sus historias, en sus puntos de dolor, en aquello que padecieron y por lo que quedaron maltrechos, escondido tras esa fachada defensiva e irritante. (Ya no más los padres fuera del tratamiento ni los padres como educandos.) Solo cuando logra ofrecerse como objeto auxiliar, creíble sostenedor del *yo* lastimado de los padres, puede acceder a ejercer aquel «influjo psicológico» que Freud creía indispensable en el análisis de un niño.

Mientras desayuna y lee el diario por arriba, se hace la media mañana. Recibe a un colega, que viene a supervisar la sesión de un niño de diez años, encoprétrico, hijo de un padre inasible, que contesta las preguntas

del hijo con preguntas, separado de la madre del niño, consagrada a este único hijo, asexual y aséptica.

Analizan una sesión en la que el niño hace decir a un personaje del juego, posiblemente representante de la madre: «Tener un esclavo es más económico que tener un mayordomo». Los analistas piensan que ese esclavo bien podría expresar la vivencia del niño capturado en la relación con una madre que no puede *invertir* su libido en un hombre. En una segunda escena aparece un «viejo enano maldito», poderoso y tacaño, sometido a su vez a un director de cine que lo hará estrella, exhibido y admirado. El viejo enano maldito echa luego a un esclavo que, a pesar de su condición, pide una indemnización, que su amo rehúsa darle. Él podría protestar ante la ley, pero prefiere callar. La analista trata de apoyar la idea del reclamo. Los colegas reflexionan acerca de la necesidad del niño de sostener la imagen narcisista de los padres, cuyas grietas percibe y padece, como también percibe su imposibilidad de enfrentarlas.

Nuestra analista en cuestión recuerda otros niños en consulta con el mismo padecimiento: compulsados a festejar los chistes de sus padres, alabando sus producciones, a veces denunciando y luego desmintiendo lo denunciado. Ha observado el rostro aterrado de niños ante la reacción violenta y amenazante de sus padres frente al hijo que señala la grieta. Y la aparición allí del síntoma: el tartamudeo, el ataque de fatiga, la encopresis, la inquietud psicomotriz. Aquella nena de siete años, cuyos padres habían emigrado a causa de su participación en una estafa, huyendo de la justicia que, según decían, «estaba equivocada», en los finales de la hora de juego familiar escribió en la hoja de su dibujo: «Mentirosos, mentirosos». Pero luego no recordaba por qué lo había puesto. Ella era la que cargaba con los penosos sentimientos de vergüenza de no poder ser tan perfecta como sus padres esperaban que fuera, con el enorme esfuerzo que significaba vivir tratando de alcanzar lo imposible y en poco tiempo. (¡Grande Klein con la identificación

proyectiva!) Y también aquel otro que dramatizó en su hora diagnóstica los síntomas de la anorexia nerviosa de su madre, tenazmente ocultada por esta.

Comentó a su colega, volviendo al paciente encopréptico que renuncia al reclamo de su indemnización, la importancia para el niño de tener un lugar donde un adulto calificado (por la sociedad y por sus padres) avale su sentir y su derecho de hijo, aun en el caso de tener pocas esperanzas de ser satisfecho. Esta no es la deuda *al* padre, sino la deuda *del* padre. Aquí el hijo es acreedor y alguien reconoce su derecho a sentirlo. Y si, como dice Piera Aulagnier, para que una historia infantil pueda ser recordada (no olvidada sin retorno ni eternamente presente y repetida), el niño debe encontrar a alguien con quien *escribir* su historia, esto es, alguien que califique y legalice su emoción, seremos entonces ese alguien que contribuirá a que su pasado sea extenso en la memoria, como será extensa la expectativa proyectada en el futuro. Tenemos el privilegio de ver las historias en presente y hacer algo para que el futuro adolescente no tenga un pasado vacío de recuerdos. Y para eso no basta con la interpretación del inconsciente. El analista de niños habla, conversa, juega, enseña, informa, normatiza, ayuda en la ejecución de una tarea, interpreta. Pero también avala.

Todas estas actividades del analista tienen que ver con el hecho de que el paciente es un ser en crecimiento y con el rol de modelo y auxiliar que puede tener todo adulto, inclusive y especialmente el analista (calificado y elegido por los padres del niño como alguien «conocedor de las cosas que le pasan a la gente»). Siguiendo a Winnicott, podríamos decir que el juego, la poesía, el soñar y el verdadero vivir señalan la existencia de una persona que crea. Entonces, ayudamos a que surja el sentimiento de existir. «El analista que no sabe jugar no está capacitado para la tarea—dice Winnicott—. La verdadera interpretación es obra de la persona del analista.» Pero, en verdad, en todas sus intervenciones el analista

pone en juego su capacidad lúdica en el juego de descubrir la verdad, que se podría llamar también la búsqueda del tesoro..., que es el otro.

El niño da señales ocultas, el analista descifra códigos secretos. Pero este juego es en serio y este adulto calificado no puede escurrirle el bulto a su responsabilidad. Viene a su memoria aquel latente psicótico que, ante una interpretación de esas que comienzan con: «Vos sentís que tu mamá...», etc., le dijo: «No, no es que yo sienta; ella es así. ¿No?». Y estudiando el material de este paciente, con Marité Cena habían acordado en la importancia que tenía decirle cuán acertado estaba en aquello que había visto, pues la analista también lo había observado. Especialmente en ese niño, que tergiversaba sus percepciones y las sacrificaba a los requerimientos del narcisismo deficitario y desconocido de los padres. Pero no solo este chico, que escondía la verdad en su delirio. Todos los chicos que parecen estar dentro de aquel cuento de Andersen, *El traje del emperador*.

Había una vez un emperador muy pendiente de la imagen que de él tenían los demás; por eso daba a su vestimenta gran importancia. Un día iba desnudo paseando sobre su caballo, entre el pueblo. Se decía que llevaba un traje precioso que tenía la particularidad de no ser visto por los tontos o por los que ocupaban un lugar que no se merecían. Cada uno de sus súbditos veía su desnudez, pero callaba para no ser calificado de deficiente o perder su puesto. Hasta que un niño, que veía pasar al rey desde los brazos de su madre, a quien no le importaba aquello de la estupidez o la inteligencia ni temía ser desalojado, gritó: «¡El rey está desnudo!». Y recién entonces los demás pudieron unirse y salir de la mentira impuesta...

... Solo que el niño de quien hablamos es hijo de los padres que, ante sus ojos de niño que percibe las desnudeces y atraviesa los ocultamientos, no pueden menos que mostrarse tal cual son, con sus heridas abiertas y su enorme temor a ser vistos y no consolados. Entonces, por amor y

por temor, decide no ver. Y al ser desestimada o contrariada su capacidad de percibir, se deslibidiniza su yo con todos los signos de la pérdida de amor y confianza en sí mismo o las fatigas de tener que ser esclavo del narcisismo herido del otro, que es, a su vez, su criador.

Desde que pudimos pensar en lo que nos pasó durante la dictadura, sabemos del efecto mutilante del percepticidio. Entonces, no solo «el silencio era salud», sino también la ceguera y la sordera. Uno podía ver y escuchar, sí, pero sin otorgar el significado que lo visto y escuchado tenía. Esto era así para sobrevivir. Lo mismo le pasa al niño cuando es hijo de padres debilitados en sus sostenes narcisísticos básicos, para quienes el dolor de enfrentarse con sus carencias, sutil o groseramente encubiertas, tiene el carácter de lo insoportable. Solo que a esos padres es posible amarlos y hasta llegar a perdonarlos, aunque durante toda la vida, y a pesar suyo, no puedan cambiar.

Pero tiene que haber alguien que le diga al niño que es cierto lo que ve. ¿Acaso no le dice Dolto a Dominique cuando este le cuenta la invitación de la madre a compartir su cama y su renuencia a obedecerla: «Eres tú el que tiene la razón»? (Y le explica las circunstancias familiares en que se desarrollaron la infancia y la adolescencia de la madre.) ¿Y no le dice Freud a Juanito, en la única entrevista que tuvo con él, que «no era verdad que el padre tomase a mal el cariño que Juanito tenía por su mamá»? Y no lo hizo así porque se ubicase en el lugar del supuesto saber, sino porque conocía lo suficiente al padre de Juanito como para poder afirmar que sus sentimientos cariñosos y paternales eran más fuertes que los supuestos sentimientos de rivalidad o celos que también podía albergar. Y lo sabía porque Freud era psicoanalista y de estas cosas entendía más que un arquitecto o un fabricante de zapatos. Esto no quiere decir que tenía un saber omnipotente: simplemente que asumía el saber que tenía, suficiente como para opinar. Y seguramente esta opinión que vertió «aquel doctor» ante quien lo llevó su papá para que lo curase de su miedo, conjuntamente con

su explicación acerca de la universalidad del Edipo, fue muy importante en el proceso de la cura. Porque queremos curar, ¿no?, y curamos con todo lo que hacemos con el paciente, aunque no siempre interpretemos en lo manifiesto, y en la medida que nuestro grado de salud sea suficiente y nos permita apartarnos lo menos posible de la ética psicoanalítica. Aquella cuyo principal mandamiento nos indica resignar la omnipotencia del narcisismo infantil y practicar la genitalidad que conduce al respeto por el otro. Esta es una regla del juego y, si no la cumplimos, el juego es imposible, porque *hacemos trampa*. (Mientras discurría sobre estos temas, y al llegar al punto de la ética, pensó que algo de esto estaba surgiendo en las reuniones del grupo de investigación sobre el tema que coordinaba y que en realidad la autoría era compartida. Cuando hablase en el panel, iba a decirlo.)

¡Es tarde!, debía apurarse para llegar a tiempo de escuchar la conferencia prejornada que daba Oscar Sottolano. Y llegó. Estuvo muy interesante. Y justamente Oscar trajo dos ejemplos clínicos de adolescentes que consultaban traídos por sus padres. Uno de ellos, después de describirle todas las cosas que hacía y le entusiasmaban, cosas que sus padres no entendían porque seguían adheridos a los valores y supuestos de otra época, le dijo: «Ellos dicen que estoy loco, pero yo creo que no. ¿A vos qué te parece?». Y Oscar le contestó: «Me parece que no». «¡Ah! —se dijo nuestra analista de marras—. ¡En eso precisamente estaba pensando! ¡Qué bien que le dijo “Me parece que no”!» Y le preguntó a Oscar (obviamente para ver si pensaba como ella) por qué le había dicho eso, que ella estaba totalmente de acuerdo, pero que años atrás un analista nunca hubiera dicho una cosa así. Oscar le contestó que él mantenía una conversación amable con el paciente, que estaba en contra de una postura rígida, que siempre lo estuvo, aun cuando años atrás tuvo supervisores que le indicaban lo contrario, como dejar al adolescente en silencio, por ejemplo. Pero ella se quedó pensando que él le había contestado explicitando

su parecer porque era lo mejor que podía escuchar ese chico, que dudaba acerca de la percepción y valoración que tenía de sí mismo, contrastada con la de los adultos más significativos para él. Esto de tener que avalar su propia visión es algo que les pasa a los chicos hoy. Y nosotros intentamos operar sobre este psiquismo en formación, fortaleciendo las investiduras narcisistas, que sabemos atacadas desde diversos ángulos, que incluyen y exceden el ámbito familiar.

Pero se fue con sus pensamientos antes de que terminara la discusión porque tenía que preparar algún material para el seminario que dictaba en la Escuela sobre la obra de Melanie Klein. Comió rápidamente y se puso a buscar entre su stock de recortes de diarios. *El racismo a la europea*, reproducción de un artículo aparecido en un diario parisino. En el final, leyó: «El odio, el desprecio y la violencia física ejercida contra el otro, simplemente porque es diferente, constituyen una de las realidades más oscuras y cotidianas de Europa. La historia y los escalofriantes resultados electorales de la extrema derecha están siempre allí para probarlo». «Este podría servir para hablar de la identificación proyectiva», piensa. Lo negado de uno, lo inaceptable, puesto en el diferente, al servicio de la salvaguarda narcisista (o del poder, «que no es lo mismo, pero es igual», como dice la canción de Silvio Rodríguez). También para hablar de la pulsión de muerte, que destruye los vínculos sociales y que se alimenta de la frustración.

Aquí hay otro sobre la rebelión de Chiapas y el chiste de Menem, que dice: «Los zapatistas son los mismos que estuvieron en La Rioja, Santiago y Jujuy». Puede servir para ejemplificar la relación entre la omnipotencia y la negación.

A ver este... El título es *Adolescentes y xenofobia*. Dice así: «Una investigación en Alemania señala que 3 de cada 4 atentados contra extranjeros fueron perpetrados por jóvenes menores de veinte años. El gobierno alemán sostiene que los ataques racistas se basan en la creencia de que los problemas de vivienda, desempleo, delincuencia o la drogadependencia

tienen relación directa con la llegada de extranjeros, y propone algunas líneas de acción: publicidad en defensa de los extranjeros en las casacas de los equipos de fútbol, actos musicales, concentraciones populares y un mayor esfuerzo en la educación de los niños y jóvenes con el fin de despertar el interés por la historia reciente de Alemania en lo referente a la República de Weimar, el Tercer Reich y el Holocausto, para explicar así el trasfondo del desarrollo del ultraderechismo y nazismo».

«Este lo voy a reservar para cuando llegemos a posición depresiva y reparación», se dice. Por lo del «hacerse cargo», el «reconocimiento de la responsabilidad», el retiro de las identificaciones proyectivas, y todo eso... Y no es psicoanálisis aplicado estudiar Melanie Klein analizando recortes periodísticos (como le dijo alguien una vez). Es psicoanálisis clínico, porque ella cree que también desde el macrocontexto se estructura el psiquismo.

Pero, bueno, basta con eso. Separó los que había elegido, ordenó el consultorio y se dispuso a esperar a los padres de la nena de ocho años que habían consultado hace un mes con la intención expresa de que recibiera un tratamiento por su grave descenso en el rendimiento escolar. Hace un año y medio que venía viéndolos, a veces a los padres juntos (a pesar de estar separados y él con una nueva pareja), otras agrupados según convivencia, a veces a los chicos solos. En un principio, les preocupaban los dolorosos efectos que pudiera tener la reciente separación en los chicos. También los intensos celos de la nena. Recién después de este tiempo, y como un dato casi carente de importancia, hablan de la masturbación compulsiva y exhibicionista de la hija, que en realidad es desde siempre y parece egosintónica con ellos. La analista recuerda los *secretos* acerca de la sexualidad privada que cada uno contó del otro, en entrevistas individuales, la historia de la infidelidad exhibida, los celos y el sadismo (ellos también son padres de la época). Tal vez esté más cercano el momento en que pueda empezar a adentrarse en estos puntos oscuros, apoyándose en la relación de confianza que se construyó. A veces hay que

esperar bastante para hacer un poco. Y si los puntos de resistencia de los padres son muy fuertes, saber hacer como en el juego de la vida: si el jugador que llega al último casillero está prácticamente perdido, puede optar entre arriesgarlo todo al azar o bien retirarse *con estilo*, pero conservar lo positivo del vínculo y quedar en disponibilidad para el futuro. Se pregunta si podrá ayudar a su pequeña paciente a desparasitarse de la sexualidad perversa de los padres, si logrará la niña rescatar su propia sexualidad infantil.

Recuerda, a la sazón, que Marilú Pelento dijo en una charla que los padres que dicen a sus hijos: «Dejame estar a solas con mi mujer» tienen una actitud exhibicionista que impide al niño crear sus propias teorías sexuales infantiles. ¡Qué diría entonces de los padres que exhiben más o menos velada o abiertamente los preludios del coito o el coito mismo! O el triángulo sexual, como en este caso. Asocia con el artículo de Bonnet *Libertad sexual o perversión*, en el que postula la creatividad en el ejercicio de la sexualidad en tanto esta sea propia y la pérdida de la libertad sexual en el hijo o el joven por efecto de la exhibición de la sexualidad de los adultos. ¡En esta época de sexo explícito en los televisores a la hora de la merienda!

Mientras tanto, ya bajó el sol. Se toma un cafecito y espera sus tres últimas horas de trabajo. Va a ver a dos adolescentes: uno fácil y otra difícil. Y, por último, a esa mujer de cincuenta años que destila amargura y desprecio y que muchas veces le hace decirse a sí misma: «¡Qué profesión insalubre la mía!».

La adolescente, de dieciocho años, se queja de sentir «una muralla entre ella y las cosas». Estudia bien, es muy buena amiga y excelente hija. Pero nada la entusiasma. Habla como una mujer de cuarenta años, utiliza términos propios de otra época: «cuando entre a casa..., es muy caballero..., correcto...». Luego, menciona una conversación que mantuvo una vez con la hermana que le sigue acerca de la lejanía de la mamá. Siempre tan ocupada. No recordaban haber ido al médico alguna vez con ella o

salido de compras juntas. Es la paciente la que se preocupa y ocupa de sus hermanos. «¿Será para evitar sufrir que no siento?», se pregunta.

La analista se imagina a una niña pequeña que busca la mirada de la madre y encuentra que esta se dirige a otros que le dan algo que la pequeña no puede darle. La que no siente para evitar el sufrimiento ¿es la madre o la hija? Las dos, seguramente. Y si ella ocupa el lugar de la madre, ¿dónde está ella y dónde estuvo cuando sentía la ausencia? Ella dice que ya lo aceptó, que es así y ya no le hace mal. Pero ¿cómo recuperar el sentimiento de existencia? ¿Dónde guarda la emoción que no encontró otro que la percibiera? Y si la falla de ese otro que debía haber significado la emoción del niño es del orden de lo traumático, ¿qué destino sigue la pulsión de muerte desligada? ¿Cae sobre el *yo*, desnarcisizándolo? ¿Se liga en el *superyó* o el ideal, tanatizándolos?

La madre evita el encuentro con los hijos porque la enfrentaría con su imposibilidad de donar la libido que no tiene para sí misma. «¡Qué lejos estábamos hace veinte años —piensa la analista— de imaginarnos que por los años noventa existirían en Buenos Aires lugares donde las madres de bebés van para que les enseñen a jugar con sus pequeños hijos! ¿Qué fue de la espontaneidad, del espíritu juguetero que naturalmente despierta la cría?»

¡Cuán saludable le parece el adolescente que consultó mandado por sus padres, angustiados por el cambio de carrera que decidió el hijo después de haber aprobado el primer año de Ingeniería de Sistemas! «De pronto me di cuenta de que podía estar gran parte de mi vida delante de una máquina —dijo—. No quiero: necesito gente.» Ya tenemos varias generaciones *hijas de la televisión*, ese ojo ciego que exhibe falsas vidas ajenas y miradas encerradas en sí mismas...

Y mientras se entretiene con estas reflexiones y habiendo terminado su jornada de trabajo, se dispone a organizar la cena (¡hoy faltó otra vez la empleada por problemas de transporte!). Prende la radio. Un locutor

dice algo que no escucha bien, enfrascada como está en sus pensamientos acerca de los problemas domésticos y el psicoanálisis. Le pareció entender algo así como «la agonía de la razón». Le viene a la memoria un escrito de Arthur Miller en el que hablaba del derrumbe de la razón o de la racionalidad, ante los ojos de quien ve un mundo en el que nunca, como ahora, la mayor cantidad de riqueza se reparte entre la menor cantidad de gente. Recuerda también haber leído que la diferencia entre los que tienen más y los que tienen menos, en el planeta, es de setenta a uno, según una investigadora del Instituto Transnacional de Ámsterdam.

La imagen del planeta, decía la autora, ya no es la de un pastel cortado en dos mitades, norte y sur, sino la de una pirámide en cuya cima se ubica una pequeña superelite transnacional, en el medio una clase media con trabajo más o menos permanente y en la base una enorme masa para la que el sistema no tiene planes ni proyectos. Se equipara el ya antiguo concepto de *progreso* con el de *crecimiento*, siguiendo las leyes del «ajuste estructural» y adheridos a un personaje mítico y supuestamente benéfico, llamado Mercado, que solo lleva al bienestar de las elites y devasta el planeta, llenándolo de desperdicios o destruyendo los sistemas ecológicos protectores, lo que a su vez debilita las capacidades inmunológicas humanas. La posibilidad del incremento y centralización del poder en organismos antidemocráticos es la más grave perspectiva. La más deseable, pero menos posible, según esta investigadora, es la revisión por el mundo rico de sus sistemas de enriquecimiento, que lleve la mira hacia la solidaridad con la mayoría.

Es cierto, pero, sin embargo, piensa nuestra analista, tampoco nunca como ahora se tuvo tanta conciencia de los genocidios y, junto a una fracción del mundo indiferente o perversa, hay otra horrorizada y activa.

Que haya sucedido el Holocausto tiene un efecto sísmico en el pensamiento del hombre y en su actitud ante la vida. Es la primera vez, dice D. Sperling, que el hombre tiene conciencia de la destrucción planificada

de millones de semejantes. La palabra *genocidio* se acuñó en una propuesta de Lemkin ante las Naciones Unidas, en 1946. Y es en 1948 que los Derechos Humanos se declaran universales. El genocidio perpetrado durante la segunda guerra mundial hace posible la conciencia de genocidios anteriores. Y a la vez que lo enfrenta con la realidad de su crueldad y el horror, le impone la visión del otro, de cuya vida es responsable. Surgen los derechos del niño, de la mujer, del diferente.

La pura razón se enloqueció, la ciencia sin hombre lleva a la muerte. Es en el humanismo sin omnipotencias que se reencuentra la vida. Hoy las gentes buscan a tontas y a locas reencontrarse con lo vital. Terapias alternativas, técnicas corporales pretendidamente psicoterapéuticas y, a veces, masturbatorias, magia, técnicas de ensimismamiento y autosuficiencia. La omnipotencia en el retorno de lo reprimido. Pero la búsqueda, al fin, irá despojándose de la banalidad sentimentaloides, para acercarse más a la auténtica consideración del otro. O el hombre busca en sí mismo su capacidad para amar (que, junto con el narcisismo, recibió en herencia filogenética) o destruye su naturaleza. Y en esto apostamos a Eros.

Después de cenar, se dice, va a releer alguna página de Buber. Especialmente aquella que dice: «El otro se torna Tú cuando se vuelve real a mis ojos, liberado, único, cuando lo veo cara a cara». «De una manera maravillosa surge de vez en cuando una presencia exclusiva. Entonces puedo ayudar, curar, educar, elevar, liberar. El amor es la responsabilidad de un Yo por un Tú, al volverme Yo digo Tú. Toda vida verdadera es encuentro.»

¡Qué bárbaro Buber! Cuando escriba para la jornada va a terminar citándolo. Y también va a decir que es un privilegio ser psicoanalista, porque convoca la doble presencia del encuentro. Y cuando el *tú* es un ser en crecimiento, *yo* y *tú* construyen los cimientos de la creatividad.

